

Venezuela: un buen ejemplo de *izquierda mala* en Latinoamérica

Michael A. Lebowitz

Salarios justos, jornada laboral justa! Con la lucha dentro del capitalismo, a menudo los trabajadores y los ciudadanos han logrado asegurarse una cierta porción de los beneficios del trabajo social. Sin embargo, la globalización capitalista y la ofensiva de las políticas estatales de tipo neoliberal han cercenado los logros de luchas pasadas, y la respuesta que se ha dado a quienes les ha sorprendido darse cuenta de que las victorias habían sido efímeras ha sido el mantra de «no hay alternativa».

Sin embargo, a medida que se ha ido haciendo evidente la devastación que ha provocado la ofensiva capitalista, ha ido surgiendo una oposición, sobre todo en Latinoamérica. Ya os avisamos de que eso sucedería, dicen los embaucadores y quienes solo buscan la propia promoción; en lugar de la bonanza que prometían las recetas neoliberales prescritas a partir de la década de 1980, Latinoamérica ha sufrido (en palabras de Jorge G. Castañeda) «la persistencia de una horrible pobreza, de la desigualdad, de un elevado desempleo, de la falta de competitividad y de unas pobres infraes-

• Artículo publicado en *MR*, vol. 59, n° 3, julio-agosto de 2007, pp. 38-54. Traducción de Joan Quesada. Michael A. Lebowitz es autor de *Más allá del capital: la economía política de la clase trabajadora de Marx*, Madrid, Akal, 2005; *Construyámoslo ahora: el socialismo del siglo XXI*, Centro Internacional Miranda, Caracas, 2007.

Parte de este escrito fue presentada en la Cuarta Reunión Internacional de Economía de la Solidaridad, del 21 al 23 de julio de 2006 en la Universidad de São Paulo, Brasil, bajo el título de «Going Beyond Survival: Making the Social Economy a Real Alternative» [Ir más allá de la supervivencia: hacer de la economía social una alternativa real].

estructuras» («Latin America Left Turn» [El giro a la izquierda de Latinoamérica], *Foreign Affairs*, mayo-junio de 2006). La izquierda (según habían «previsto acertadamente» los profetas) ha vuelto.

Eso significa que ha vuelto la esperanza. Los trabajadores de todo el mundo miran hacia Latinoamérica en la actualidad en busca de pruebas de que existe una alternativa, de que un mundo mejor es posible. Sin embargo, ¿hacen bien en mirar hacia Latinoamérica? ¿Está apareciendo una verdadera alternativa o se trata, meramente, de la negociación de unos mejores términos dentro el contrato implícito con la globalización capitalista? ¿Latinoamérica está rompiendo con el capitalismo? ¿O está luchando por una mayor justicia?

La izquierda buena y la izquierda mala

Está claro que, como ya sabemos, no todas las izquierdas son iguales. Y lo cierto es que ese es un tema constante entre comentaristas de todas las especies. Aunque pocos son quienes se atreverían a dividir Latinoamérica en términos de prácticas alimentarias como hizo Álvaro Vargas Llosa, quien calificó a Fidel Castro, Hugo Chávez y Evo Morales de «carnívoros» [*Washington Post*, 6 de agosto de 2006]), para muchos existe simplemente una izquierda buena y una izquierda mala. Lo que ambas tienen en común, según Castañeda, es el acento en las «mejoras sociales», «la distribución igualitaria de la riqueza», «la soberanía» y la «democracia» (contra el paquete pretendidamente opuesto de ortodoxia macroeconómica, creación de riqueza, cooperación internacional y eficiencia gubernamental). Sin embargo, lo que hace que la izquierda mala sea justamente mala se describe básicamente con una palabra: «populismo».

Cuando oyen la palabra populismo, los intelectuales latinoamericanos echan mano del incienso. En parte lo hacen porque el término connota pueblo, masas, el populacho en movimiento. Cuando Castañeda afirma que el populismo es «nacionalista, estridente y estrecho de miras», resulta difícil no pensar que esa misma es la descripción que haría el autor de las propias masas. Sin embargo, aún hay más (o, mejor dicho, la afirmación tiene también otro aspecto). Cuando dice que, entre las características de los populistas que ocupan el poder, está el hecho de que «han nacionalizado grandes sectores de la economía de sus países, mucho más allá de las llamadas alturas dominantes» [o sectores estratégicos] y se han hecho con «recursos naturales o rentas monopolistas que les han permitido gastar fondos en los descamisados sin subirle los impuestos a la clase



media», sabemos que lo que hace que la izquierda mala sea realmente mala es su ataque al capital.

No es de extrañar, pues, que se diga que dentro de la izquierda buena se encuentran los Gobiernos de Chile, Uruguay y Brasil (y, tal vez e incluso, el de Néstor Kirchner en Argentina), mientras que la izquierda mala gira invariablemente en torno a la Venezuela de Hugo Chávez y la Bolivia de Evo Morales. Dado que la distancia con respecto a Chávez parece ser la medida de todas las cosas, podríamos concluir que el Ecuador de Rafael Correa debería de figurar también en la categoría de los malos.

Sin embargo, es aquí donde el sistema de clasificación se desmorona. ¿Cómo se distingue entre un ataque al capitalismo propiamente dicho y un ataque a las políticas y prácticas actuales del capitalismo? ¿Entre la lucha por un nuevo sistema económico, por un lado, y la lucha por la *justicia* de los acreedores internacionales, de las relaciones comerciales y de la distribución de las rentas que producen los recursos? Distinguir entre todas esas cosas tal vez sea más difícil de lo que parece a primera vista.

Después de todo, es seguro que, incluso un proceso de avances despóticos contra el capital (una larga marcha para arrancarle, «gradualmente, todo el capital a la burguesía», en palabras de Marx y Engels), lo considerarán mero reformismo aquellos para quienes todo lo que no sea el asalto a las alturas (nacionalizarlo todo ahora mismo e implantar el control de los trabajadores) es mera aquiescencia con el capital internacional. Los idealistas abstractos para quienes la correlación de fuerzas (internas y externas) y la palabra *proceso* son menos importantes que los panfletos subrayados entonan siempre el mismo canto de traición (les basta con cambiar los nombres de las personas que han rechazado sus insinuaciones). Sin embargo, eso no significa que, en casos particulares, no tengan razón.

¿Cómo identificar un ataque al capitalismo como tal? ¿Están construyendo los nuevos Gobiernos de izquierdas de Latinoamérica una alternativa al capitalismo?

Cómo identificar una alternativa al capitalismo

¿Qué es lo que constituye una verdadera alternativa al capitalismo? Yo propongo que es una sociedad en la que el objetivo explícito no es el aumento del capital o de los medios materiales de producción, sino más bien el desarrollo humano en sí mismo, el desarrollo de las capacidades humanas. En la Constitución bolivariana de Venezuela se aprecia la encarnación de esa perspectiva: en el énfasis del artículo 299 en «asegurar el desarrollo

humano integral»; en la declaración del artículo 20 de que «toda persona tiene derecho al libre desenvolvimiento de su personalidad»; y en el artículo 102, que se centra en el hecho de «desarrollar el potencial creativo de cada ser humano y el pleno ejercicio de su personalidad en una sociedad democrática».

En todos esos pasajes (que no son en absoluto la totalidad de dicha Constitución), está presente la idea de una alternativa real: una economía cuya lógica no sea la lógica del capital. «La economía social», decía el presidente Hugo Chávez en septiembre de 2003, «basa su lógica en el ser humano, en el trabajo, es decir, en el trabajador y la familia del trabajador, o sea, en el ser humano». La economía social, proseguía, no se centra en la ganancia económica, en los valores de intercambio; sino que más bien «la economía social genera básicamente valor de uso». Su objetivo es «la construcción de un nuevo hombre, de una nueva mujer, de la nueva sociedad».

Son bellas ideas y bellas palabras, pero son, por supuesto, solo ideas y palabras. Las primeras proceden de la Constitución, y las segundas del seminario educativo nacional de frecuencia regular llamado *Aló Presidente*. ¿Cómo pueden hacerse realidad esas ideas y esas palabras? Sugeriré cuatro precondiciones para la realización de esa alternativa al capitalismo:

(1) Todo debate sobre cambio estructural debe partir de la comprensión de la estructura *existente*; en pocas palabras: de la comprensión del capitalismo. Es necesario entender que la lógica del capital, la lógica según la cual el objetivo es el beneficio más que la satisfacción de las necesidades de los seres humanos, es la lógica dominante tanto en aquellos lugares donde fomenta la ventaja comparativa de la represión, como allí donde acepta que se les aumente la ración a los esclavos.

(2) También es esencial atacar la lógica del capital ideológicamente. Si no se desarrolla una comprensión completa de la naturaleza del capitalismo (del hecho de que el capital es el resultado del trabajo social del trabajador colectivo), la necesidad de sobrevivir a los estragos de las políticas neoliberales y represivas solo da pie al deseo de una sociedad más justa, a la búsqueda de una mayor porción de la riqueza para los explotados y excluidos; en pocas palabras, a la barbarie con rostro humano.

(3) Un aspecto crucial en la batalla por superar el capitalismo es reconocer que las capacidades humanas solo se desarrollan a través de la actividad humana, solo a través de lo que Marx entendió como «práctica revolucionaria», el cambio simultáneo de las circunstancias y de la persona. El verdadero desarrollo humano no cae del cielo en forma de dinero para ayudar a sobrevivir ni de gastos de Gobiernos populares en educación y sanidad. Al contrario del populismo, que produce personas que miran hacia el



Estado en busca de todas las respuestas y a líderes que lo prometen todo, la única concepción que verdaderamente puede desafiar a la lógica del capital en la batalla de las ideas es aquella que reconoce explícitamente la importancia central que tienen la autogestión en el centro de trabajo y el autogobierno dentro de las comunidades como medios de dar rienda suelta al potencial humano, o sea, la idea del socialismo del siglo XXI.

(4) Sin embargo, la *idea* de dicho socialismo no puede desplazar al capitalismo real. Tampoco pueden unas islas minúsculas de cooperación cambiar el mundo mediante el triunfo en la competencia contra las corporaciones capitalistas. Hace falta tener el poder necesario para fomentar las nuevas relaciones de producción y, a la vez, truncar la reproducción de las relaciones de producción capitalistas. Es necesario quitarle al capital el poder del Estado y utilizar ese poder cuando el capital responde a la invasión de que es víctima: cuando el capital se declara en huelga, hay que estar preparado para ocupar su lugar, en lugar de ceder. Ganar la «batalla de la democracia» y utilizar la «supremacía política para arrancarle, gradualmente, todo el capital a la burguesía», sigue siendo ahora tan crucial como cuando Marx y Engels escribieron el *Manifiesto Comunista*.

¿Cumplen acaso los nuevos Gobiernos latinoamericanos con todas esas precondiciones? Todo lo contrario. En su mayor parte, lo que se aprecia son las características ya familiares de la socialdemocracia, que no entienden de la naturaleza del capital, que no ataca la lógica del capital ideológicamente, que no cree que exista una verdadera alternativa al capitalismo y, poco sorprendentemente, que cede cuando el capital amenaza con hacer huelga.

«No podemos matar a la gallina de los huevos de oro», declaraba el primer ministro socialdemócrata de la Columbia Británica, Canadá (en la década de 1970, cuando yo era responsable de políticas del partido). Cristalizada en esa afirmación encontramos la percepción última de la socialdemocracia, su forma de hacer valer la lógica del capital y desarmar ideológicamente y desmovilizar a las personas.

Sin embargo, de momento Venezuela va en una dirección distinta. Aunque la revolución bolivariana no se inició para construir una alternativa socialista (y su continuación por esa vía se ve refutada a cada nuevo paso), sí que rechaza activamente la lógica del capital y, además, está armando ideológicamente y movilizándolo a las personas para construir una alternativa.



La vía inicial tomada por Venezuela

Aunque la Constitución bolivariana de 1999 estaba enfocada hacia el desarrollo de las capacidades humanas, conservó igualmente el apoyo al capitalismo de constituciones anteriores. La constitución garantiza el derecho a la propiedad (artículo 115), identifica el papel de la iniciativa privada para generar crecimiento y empleo (artículo 229) y apela al Estado para fomentar la iniciativa privada (artículo 112). Y la dirección que seguía el plan inicial de desarrollo para el periodo 2001-2007 era la de apoyar un desarrollo capitalista sostenido. Aunque se rechazaba el neoliberalismo y se resaltaba la importancia de la presencia del Estado en las industrias estratégicas, el plan se centraba en el fomento de la inversión de capital privado, tanto nacional como extranjero, mediante la creación de una «atmósfera de confianza».

A eso se sumaría el desarrollo de una «economía social», concebida como una «vía alternativa y complementaria» al sector privado. Sin embargo, es significativo el *reducido* papel que se otorgaba a la autogestión y las actividades cooperativas. En esencia, el programa pretendía incorporar el sector informal a la economía social. Es necesario, argüía el plan, «transformar a los trabajadores informales en pequeños gestores». De acuerdo con eso, había que fomentar la familia, las cooperativas y las microempresas autogestionadas a través de la formación y la microfinanciación (por parte de instituciones como el Banco para el Desarrollo de la Mujer), así como mediante la reducción de las regulaciones y de la carga impositiva.

La economía social, por lo tanto, debía tener el papel que tiene en Brasil y otros lugares: islas de cooperación alimentadas por el Estado, las ONG, bancos del estilo de Grameen y obras benéficas religiosas, y debía servir para amortiguar positivamente los efectos económicos y políticos de la globalización capitalista. Por supuesto, si se la perseguía seriamente, la economía social podía hacerles la vida más fácil a los parados y los excluidos, a la mitad de la clase obrera venezolana empleada en el sector informal, ofreciéndoles mejores posibilidades de supervivencia. Sin embargo, la economía social no se veía en el plan para los años de 2001 a 2007 como una alternativa al capitalismo (excepto en la medida en que el hecho de sobrevivir dentro de los intersticios del capitalismo constituya una alternativa).

Una Tercera Vía para Venezuela: se daría la espalda al neoliberalismo, se transformaría la distribución de las rentas del petróleo actuando contra el Estado dentro del Estado que era la compañía nacional del petróleo (PDVSA) y, gracias a un Estado activo, se avanzaría en la dirección del



«desarrollo endógeno» propugnado por los economistas estructuralistas. El objetivo era, en resumidas cuentas, un capitalismo *diferente*. La revolución bolivariana pertenecía de entrada a la izquierda buena.

Sin embargo, contenía también un potencial elemento subversivo: la cuestión del desarrollo humano. La Constitución bolivariana es inequívoca en la afirmación de que los seres humanos solo desarrollan sus capacidades mediante sus propias actividades. No es solo que el artículo 62 declare que la participación del pueblo «es el medio necesario para lograr el protagonismo que garantice su completo desarrollo, tanto individual como colectivo», sino que la Constitución insiste específicamente en la planificación democrática y la elaboración participativa de los presupuestos en todos los niveles de la sociedad (como en el artículo 70), en «la autogestión, la cogestión, las cooperativas en todas sus formas» como ejemplos de «formas asociativas guiadas por los valores de la mutua cooperación y la solidaridad». Al insistir en una sociedad «democrática, participativa y protagonista», la Constitución bolivariana contiene claramente las semillas de la economía social, las semillas del socialismo del siglo XXI.

Y tales semillas no han caído del cielo. Proceden de los movimientos sociales aliados con la lucha de Hugo Chávez para despedir la Cuarta República (y que, con su participación en la nueva Asamblea Constituyente, introdujeron directamente esas semillas en la Constitución), y proceden de la persona que se describe a sí misma como «un subversivo en Miraflores [el Palacio del Gobierno]»: Chávez, el preso que en 1993 escribía que «el pueblo soberano debe transformarse a sí mismo en el objeto y el sujeto del poder. Para los revolucionarios esta opción no es negociable».

Claro está que los elementos contradictorios como los que figuran en la Constitución bolivariana no son excepcionales, y que las semillas potencialmente subversivas suelen acabar por no producir nada. Todos estamos familiarizados con gobiernos elegidos como órganos de los trabajadores que, una vez elegidos, envían a la gente a casa a descansar hasta las próximas elecciones. Además, hay muchas malas experiencias con la forma en que esos movimientos sociales pasan entonces a ejercer una vigilancia policial de sí mismos, con la consecuencia de que las semillas se atrofian. En Venezuela, sin embargo, la lucha de clases ha nutrido las semillas de la economía social, de forma que esta cada vez se ve más como alternativa al desarrollo capitalista.

En primer lugar, Chávez rompió con las expectativas de muchas personas (incluidos sus partidarios oportunistas) cuando intentó cumplir algunas de sus promesas. Y, aunque algunas de las medidas, como el nuevo impuesto sobre los hidrocarburos (el aumento de los royalties sobre la



nueva producción de petróleo), que le permitieran al Gobierno seguir su orientación de Tercera Vía no eran un ataque contra el capitalismo como tal, sí que tuvieron un efecto dinámico que iba mucho más allá de la iniciativa del Gobierno. La determinación de Chávez de seguir adelante, a pesar de la oposición aparecida en su propio bando y de la respuesta de la oligarquía malcriada de Venezuela (con el completo respaldo del imperalismo estadounidense), primero con el golpe de Estado de abril de 2002 y después con la huelga patronal del invierno de 2002-2003, no solo movilizó a las masas en los centros de trabajo y en las comunidades en apoyo de Chávez, sino que todos esos acontecimientos también lograron convencer a Chávez de que el capitalismo no podía servir de base al desarrollo humano. La revolución bolivariana empezó a partir de entonces a forjar una vía alejada del capitalismo.

Una nueva vía

Con la recuperación de los ingresos del Gobierno en el último tramo de 2003, después de la renacionalización efectiva de PDVSA, la compañía petrolera estatal, los nuevos programas (o «misiones») de salud y educación empezaron a demostrar que el Gobierno bolivariano estaba verdaderamente decidido a cancelar la enorme deuda social que había heredado. En 2004, la *Misión Mercal*, creada a partir de la experiencia de distribución de alimentos por parte del Gobierno durante el cierre patronal, empezó a proporcionar a los pobres comida sustancialmente subvencionada. Poco después vino la *Misión Vuelvan Caras*, un programa para un desarrollo endógeno radical orientado a la edificación de nuevas capacidades humanas mediante la enseñanza de conocimientos específicos y la preparación de la gente para establecer unas nuevas relaciones de producción a través de cursos sobre cooperación y autogestión. Los efectos fueron extraordinarios: el número de cooperativas creció de menos de 800 en el momento de la primera elección de Chávez, en 1998, a casi 84.000 para agosto de 2005.

Todo eso sucedió en el contexto del ataque de Chávez a la «lógica perversa» del capital y su insistencia en hallar una alternativa en esa economía social cuyo objetivo es «la construcción de un nuevo hombre, de una nueva mujer, de la nueva sociedad». Esa profundización en la ofensiva ideológica estuvo marcada por el cambio de nombre de la economía social, que pasó a denominarse socialismo. En enero de 2005, en el Foro Social Mundial, Chávez hizo explícitamente un llamamiento a la reinención del socialismo, de un socialismo diferente al que había existido en la Unión



Soviética. «Hay que reivindicar el socialismo como tesis, como proyecto y como camino. Pero un nuevo socialismo, humanista, poner al hombre y no a la máquina por delante. Al ser humano y no al Estado por delante».

Seis meses más tarde, influido por el libro de István Mészáros *Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición* [Vadell Hermanos Editores. Caracas, 2001], recalca la importancia de construir un nuevo sistema comunal de producción y consumo, un sistema en el que el intercambio de actividades esté determinado por las necesidades comunales y los objetivos comunales. Tenemos que «contribuir a crearlo, desde las bases populares, con la participación de las comunidades, a través de las organizaciones comunales, de las cooperativas, de la autogestión y de otras tantas maneras de crear este sistema». La ocasión de tales palabras era la creación de una nueva institución: las Empresas de Producción Social (EPS). Con toda una diversidad de orígenes (cooperativas existentes, que han prometido dedicarse a la comunidad y no tan solo al interés propio colectivo; pequeñas empresas estatales; y empresas privadas ansiosas por poder acceder al negocio estatal y a condiciones de crédito más favorables), las nuevas empresas de producción social debían comprometerse a servir las necesidades de la comunidad y a incorporar la participación de los trabajadores.

En 2006 vino a sumarse a todo ello una nueva pieza de construcción: los consejos comunales (formados por entre 200 y 400 familias en los barrios urbanos existentes, y entre 20 y 50 en las zonas rurales). Los consejos se crearon para diagnosticar democráticamente las necesidades y prioridades de la comunidad. Con una sustancial transferencia de recursos del nivel municipal al nivel de la comunidad, con el apoyo de los nuevos bancos comunales a proyectos locales y con un tamaño que permite que sea la asamblea, y no los representantes electos, el órgano supremo de decisión, los consejos han sido concebidos para ser la base, no solo de la transformación de las personas en situaciones de cambio de circunstancias, sino también de una actividad productiva basada realmente en las necesidades comunales y en los objetivos comunales.

Con la reelección de Chávez en diciembre de 2006, explícitamente apoyada en el tema de la edificación de un nuevo socialismo, los nuevos consejos han venido a identificarse con la célula fundamental del socialismo bolivariano y base de un nuevo Estado. «¡Todo el poder para los consejos comunales!», ha declarado Chávez. La «explosión del poder comunal» ha sido declarada el quinto de los «cinco motores» de avance hacia el socialismo. La lógica subyacente es la de una profunda descentralización de la toma de decisiones y del poder, y, al igual que sucede con el tercer



motor, *Moral y Luces** (una destacada campaña educativa e ideológica), el tema constante es el de la insistencia en la práctica revolucionaria para la edificación del socialismo.¹ Citando a Marx y al Che Guevara, Chávez ha insistido (*Aló Presidente*, nº 279, 27 de marzo de 2007) en que solo a través de la práctica se producirán a sí mismos los nuevos seres humanos socialistas.

El tipo de práctica que se requiere no es la basada en el propio interés (la «infección», el virus heredado del capitalismo) y en la producción para el intercambio. Al contrario, la práctica esencial es la de producir directamente para satisfacer las necesidades de la sociedad y para promover la solidaridad comunal. A ese respecto, el tercer motor de la lucha ideológica, así como las prácticas transformadoras democráticas encarnadas en la explosión de poder comunal del quinto motor, se pueden considerar dos caras de una misma moneda que se requieren mutuamente. Sin la cara de la lucha ideológica, centrarse en las necesidades se convierte en luchar por las viejas necesidades: los valores generados dentro de la sociedad capitalista. Sin las prácticas democráticas transformadoras, las apelaciones ideológicas por sí solas llevan en última instancia a una mezcla de dirigismo y cinismo.

No obstante, no hay que pensar que la práctica socialista únicamente tiene lugar dentro de las comunidades. Desde la reelección, Chávez ha insistido en lo que él denomina «el triángulo elemental» del socialismo: las unidades de propiedad social, la producción social y la satisfacción de las necesidades de las comunidades. ¿Acaso el capitalismo va a darles botas a los niños pobres? El capitalismo, tal y como ha señalado Chávez, dice que el mercado resolverá la cuestión, pero en el socialismo podemos planificar la producción de botas directamente para los niños que necesitan un buen par de ellas. Así pues, Chávez ha ido un paso más allá: a la vez que no deja de subrayar la importancia de la participación de los trabajadores, sostiene que *no basta* con esta. Es necesario, por ejemplo, guiar a las cooperativas para que evolucionen progresivamente hasta convertirse en unidades de propiedad social y para que produzcan directamente para satisfacer las necesidades comunales.

La insistencia en el «triángulo elemental» refleja también una autocrítica explícita: la crítica de los pasos erróneos dados por el Gobierno al decidir sobre las fábricas recuperadas y al desarrollar las empresas de producción social (EPS). Hemos cometido errores, ha señalado Chávez: las nuevas formas no iban más allá del capitalismo. Así pues, ahora el acento no se pone solo en la producción social, sino también en la propiedad

* *Moral y Luces* es una campaña de movilización ideológica de militantes de partidos chavistas. [T.]



social. Y el garante de la propiedad social (es decir, la propiedad de la sociedad) debe ser el Estado: «el Estado social, no el Estado burgués, no el Estado capitalista» (*Aló Presidente*, n° 264, 28 de enero de 2007).

Poca duda hay de que existe una batalla de ideas contra el capitalismo y por la creación de un nuevo socialismo con nuevos valores, y de que esta está bien avanzada. No solo existe una creciente articulación de las características del socialismo del siglo XXI, sino que también se está desarrollando una conciencia de masas, difundida a través de los discursos televisados de Chávez y de la nueva campaña ideológica. Por supuesto, tal y como decíamos antes, «la *idea* de dicho socialismo no puede desplazar al capitalismo real».

Utilizar la supremacía política para crear unas nuevas relaciones de producción

A pesar de todo, lo que está teniendo lugar en Venezuela es más que una batalla de ideas. Además de la expansión de los sectores estatales del petróleo y la industria básica, la nueva era que dio comienzo en 2007 ya ha venido marcada por la nacionalización de sectores estratégicos como las comunicaciones y la energía eléctrica, así como por la recuperación de la posición dominante del Estado en los campos de extracción de petróleo pesado, donde antes habían prevalecido las compañías multinacionales. Igualmente, se ha reanudado la ofensiva contra los latifundios con diversas confiscaciones de tierras en el pasado reciente. Se han creado también nuevas compañías estatales (que incluyen empresas conjuntas con compañías estatales de países como Irán) con la intención de producir medios de producción como, por ejemplo, tractores.

Sin embargo, aún hay que hacer mucho más: si hay que transformar la economía venezolana y liberarla de la dependencia del petróleo, hay que desarrollar nuevos sectores productivos (en la agricultura y en la industria) y nuevas infraestructuras capaces de abrir vastas zonas del interior del país. Los recursos están ahí, y también existe una clase trabajadora que está o ampliamente desempleada o empleada por defecto en el sector informal (es decir, que pertenece al ejército de reserva laboral). Sin embargo, si la revolución bolivariana pretende seguir seriamente un proceso de desarrollo extensivo, es inevitable que aparezca una tendencia a planificar y administrar el proceso desde arriba a través del Estado.

¿Dónde encajarán entonces la autogestión, la cogestión y la gestión obrera, «formas asociativas guiadas por los valores de la mutua coopera-



ción y la solidaridad»? De hecho, la experiencia con el sector estatal no ha sido muy alentadora: a excepción de la empresa de aluminio ALCASA y de la compañía de distribución eléctrica de los Andes (CADELA), la gestión obrera en el sector estatal ha quedado frustrada y ha retrocedido en las llamadas industrias «estratégicas» del Estado (sobre todo en la propia PDVSA). En lugar de existir un proceso en el que los trabajadores se transformen a sí mismos en la producción a través de la autogestión, estos se han visto dominados desde arriba mediante las mismas estructuras jerárquicas características de las empresas estatales capitalistas y estatistas. Tales reveses han desmoralizado a los trabajadores militantes y los han confinado al papel opositor que tienen en el capitalismo. Todas las tendencias que persiguen el propio interés presentes en la vieja sociedad (lo que en Venezuela significa la lucha por conseguir rentas) se han visto reforzadas.

Ahora la promesa es que ese modelo *cambiará*, que el motor de *Moral y Luces* implicará educación ideológica y la formación para la gestión obrera en todas las empresas (gracias a la transformación de la jornada laboral para incluir actividades formativas) y que los consejos de trabajadores quedarán reglamentados en todas las empresas a fin de que no solo adquieran cada vez más funciones, sino de que estén orientados hacia las necesidades comunales. Son cuestiones ciertamente apasionantes: hace falta realizar claros avances hacia una producción democrática, participativa y protagonista si se quiere que las personas dejen de ser los seres humanos fragmentados e inmovilizados que produce el capitalismo. Sin embargo, la distancia que existe en Venezuela entre las promesas desde arriba y la realización de dichas promesas en la práctica suele ser considerable, y, en este caso en particular, la experiencia indica que hay una notable resistencia de los gestores y ministros a perder el control desde arriba.

Por desgracia, no existe un sujeto colectivo unitario que, desde abajo, exija el control de los trabajadores para contrarrestar ese problema y hacer que se cumplan las promesas. No solo es reducida la porción organizada de la clase trabajadora fuera de la administración del Estado (dado el modelo de desarrollo económico y el neoliberalismo del medio siglo anterior), sino que, por el momento, las intensas luchas entre facciones dentro del movimiento obrero chavista (UNT) han impedido que la clase obrera organizada opere como un actor destacado.

¿Quiénes son entonces los sujetos de ese proceso revolucionario? La atención se ha centrado en la evolución dentro de las comunidades, en la creación de los nuevos consejos comunales, en ponerlos en relación entre sí y en fortalecer su potencial para organizar el proceso de satisfacción de las necesidades de las comunidades. Porque está claro que existen suje-



tos activos dentro de las comunidades, personas que se han desarrollado individual y colectivamente a través de la lucha y que siguen desarrollándose.

Sin embargo, ¿qué tipo de socialismo es aquel que se basa más en las comunidades y las necesidades comunales que en el carácter de las relaciones en el centro de trabajo? ¿Han ocupado las relaciones comunales el lugar de las relaciones de producción en este nuevo socialismo del siglo XXI? ¿Domina aquí el sistema de necesidades por encima del sistema de trabajo?

No deberíamos excluir dicha idea *por definición*. Ciertamente, en el estatismo de la Unión Soviética, y también en las empresas autogestionadas de Yugoslavia, las metas de quienes estaban dentro de la esfera de la producción impulsaban el sistema y lo dominaban. Tal vez, pues, la «primacía de las necesidades» que Mészáros ha identificado (*Más allá del capital. Hacia una teoría de la transición*, 2001) sea el punto de apoyo adecuado para mover el mundo en la dirección del socialismo del siglo XXI.

Sin embargo, aunque el hecho de centrarse en los consejos comunales y en las necesidades comunales supone un evidente contraste con la orientación centrada en la producción del pasado, la diferencia es posible que sea más aparente que real. ¿Por qué no concebir ese proceso como la aparición de una nueva relación social, el desarrollo de una relación de solidaridad entre productores colectivos? Recordemos que el capital mercantil y el capital a crédito aparecieron en forma de relaciones sociales antes de que el capital invadiera el proceso de producción. ¿Por qué no podrían aparecer, entonces, unos trabajadores colectivos con conciencia de sí mismos (es decir, unos productores conscientes de su unidad) como relación social que acabe dominando la esfera de la producción? Ciertamente, la noción de productores asociados *siempre* se ha visto como la relación socialista de producción. Sin embargo, nunca ha estado exactamente claro cómo aparece esa nueva relación ni, más precisamente, cuáles son las vías por las que se desarrolla.

Si pensamos en los consejos comunales como enclaves en los que las personas no solo producen soluciones para sus necesidades, sino que también se producen a sí mismas como trabajadores colectivos que trabajan para sí, es posible entonces apreciar un claro vínculo entre, por un lado, la explosión del poder comunal y, por otro, *Moral y Luces* y las demás campañas principales de este momento, para la creación de un nuevo partido socialista unificado. En *Construyámoslo ahora*, yo sostenía que era necesario que hubiera un partido desde abajo capaz de continuar el proceso democracia revolucionaria esencial para construir ese nuevo tipo de socia-



lismo. Sin embargo, pocos (incluido el autor) estábamos preparados para el alcance del anuncio de Chávez, justo después de su reelección en diciembre de 2006, de que el nuevo partido no unificaría los partidos chavistas ya existentes, sino que sería más bien algo completamente diferente: un partido construido desde la base, a partir de las comunidades y barrios, el más democrático de la historia de Venezuela.

Ciertamente, el carácter democrático del proceso de construcción del partido actualmente en marcha supera con creces las expectativas. Aunque la cifra de personas que se están afiliando al nuevo partido en las cabinas repartidas por todo el país tal vez diste de los 4 millones que algunos esperaban, el nuevo partido del socialismo será el mayor partido jamás creado en Venezuela (muy distinto del partido de cuadros que exigían toda una diversidad de dinosaurios de la vieja izquierda). Una vez consolidados en grupos de 200, los portavoces deben iniciar en agosto [de 2007] un proceso de tres meses para desarrollar el programa del partido (con constantes consultas a sus grupos). El 2 de diciembre, todos los miembros votarán el programa en referéndum. No será hasta mediados de 2008 cuando se determine quiénes serán los dirigentes del partido. ¿Qué aspecto tendrá la nueva dirección? Chávez espera claramente que esta incorpore a los líderes naturales de las comunidades. «El nuevo partido», dijo en diciembre, «no puede ser una suma de las viejas caras de siempre. Eso sería un engaño».

La explosión de poder comunal y el proceso de construcción de ese nuevo partido tienen mucho en común. Ambos están movilizándolo a una gran cantidad de personas y comparten como enemigos el clientelismo y la corrupción que siguen infectando la Quinta República; ambos desafían en potencia a las personas del partido y del Estado para quienes el desarrollo de las capacidades y habilidades de las masas no es tan imperioso como el deseo de acumular poder y comodidades para sus familias, y ambos reflejan la conexión de Chávez con las masas, una dialéctica en la que Chávez llama abiertamente a las personas a tomar el poder («¡la multitud, la multitud!») y cuyo impulso procede, a su vez, de las necesidades y las reivindicaciones de las propias personas.

Y sin embargo, ¿qué sucede con las relaciones de producción socialistas? En la medida en que esos dos motores y la construcción del partido socialista unificado de Venezuela (provisionalmente denominado PSUV) tengan éxito a la hora de edificar las capacidades y habilidades de las masas y fortalecer unas nuevas relaciones sociales de productores colectivos, la invasión de la esfera de la producción por dichas relaciones será inevitable: las mismas personas que están transformándose «en objeto y sujeto del poder» en sus comunidades no es probable que acepten menos en el cen-



tro de trabajo ni en cuanto a las decisiones dentro de la sociedad en general. De hecho, el proceso ya ha comenzado, con la creación de vínculos entre los consejos comunales y las cooperativas locales y empresas estatales para dirigir la producción hacia la satisfacción de las necesidades locales. En la medida en que los consejos obreros y los consejos comunales empiecen a coordinar sus actividades, los productores colectivos avanzarán notablemente hacia la toma de posesión de la producción.

No obstante, que el proceso triunfe no es algo indefectible. Dentro de la revolución bolivariana existen, como siempre han existido, enérgicas tendencias que apuntan en la dirección opuesta. No se trata solo de la fuerte inclinación de los ministros del Gobierno y los gestores de importantes sectores estatales a planificarlo y dirigirlo todo desde arriba (un patrón de comportamiento que ha logrado inmovilizar a los movimientos obreros independientes); ni se trata únicamente de la persistente cultura de corrupción y clientelismo que puede servir de base a la aparición de una nueva oligarquía. Existe también una tendencia muy clara que respalda el desarrollo de una clase capitalista nacional como pierna sobre la que la revolución bolivariana deberá apoyarse al caminar en un futuro previsible.

Claro está que ningún chavista defiende abiertamente en la actualidad que el socialismo del siglo XXI debiera *depender* del capital. Por el contrario, todos insisten en que, en este estadio, el proceso requiere que la revolución bolivariana domestique al capital privado a través del «condicionante socialista», es decir, del establecimiento de nuevas reglas de base como condiciones para que el capital privado pueda servir a la revolución. En sus mejores versiones, puede verse en ello un proceso de transición, el proceso de «avances despóticos» y de arrebatar, «gradualmente, todo el capital a la burguesía». Ciertamente, medidas como abrir los libros de contabilidad a la supervisión, imponer a unos consejos obreros dotados de poder, exigir a las empresas que rindan cuentas ante los consejos comunales y transformar la jornada laboral para incluir la formación en gestión obrera introducen todas ellas una lógica ajena en el capitalismo, la lógica de las nuevas relaciones de producción socialistas dentro de las empresas capitalistas.

Sin embargo, la falta de claridad con respecto a la naturaleza de dichas reglas de base conlleva que se estén emitiendo señales confusas. El mensaje «realista» de que Venezuela es probable que tenga una «economía mixta» durante mucho tiempo, de que existe un lugar para el capital privado en la revolución bolivariana y de que es condición suficiente para acceder al negocio y el crédito estatales que el capital se dedique a los intereses de las comunidades y de los trabajadores han traído consigo la formación de organizaciones como Conseven, la «Confederación Socialista de



Empresarios» de Venezuela, y otras organizaciones de capitalistas privados que se afanan por definir el capital privado como propiedad socialista. El «socialismo productivo», se dice en las reuniones de capitalistas «chavistas» de todo el país, requiere la existencia de capitalistas privados como parte del modelo socialista.

En ese caso, más que el «triángulo elemental» del socialismo (unidades de propiedad social, organizadas por los trabajadores mediante la producción social, para la satisfacción de las necesidades comunales), lo que se refuerza es el triángulo capitalista: propiedad privada de los medios de producción, explotación de trabajadores asalariados, para conseguir ganancias. Por muy elevado que sea el discurso de la responsabilidad social, lo que predomina es la búsqueda de ganancias: la dedicación a la comunidad se convierte, en realidad, en un impuesto, y la participación de los trabajadores se convierte en acciones de la compañía a fin de inducir a los obreros a comprometerse en la producción de ganancias. Como se puede ver en la decepcionante experiencia de las EPS (que han seguido ese modelo), el capital acepta todas esas limitaciones en forma de condiciones para asegurarse el derecho a explotar y generar ganancias hasta que es lo suficientemente fuerte para imponer los condicionantes *capitalistas*.

La revolución bolivariana, como todos los procesos revolucionarios, produce sus propios sepultureros potenciales. En la medida en que alimenta la infección de la lógica del capital, la revolución bolivariana no camina sobre dos piernas, sino que más bien una de sus piernas camina hacia atrás. Cuando vemos que dicha tendencia está creciendo dentro del proceso y la sumamos al persistente patrón de clientelismo y corrupción, a los persistentes enclaves de antiguo poder capitalista (en la banca, el procesamiento de importaciones, la propiedad de la tierra y los medios de comunicación) y a la persistente presencia y amenaza imperialista de los Estados Unidos, resulta evidente que existen enormes barreras a la lucha por el socialismo en Venezuela.

Y, a pesar de todo, se mueve. La revolución bolivariana ha ido desplazando las barreras que constantemente le salen al paso (y se ha desarrollado cualitativamente en el proceso) debido justamente a la dialéctica entre los dirigentes y el movimiento de masas. Es por eso por lo que el desarrollo del trabajador colectivo, la campaña ideológica *Moral y Luces* y la movilización de un nuevo partido desde abajo son esenciales para dar los próximos pasos. El apoyo de las masas y la continua disposición de los líderes bolivarianos a intervenir, en lugar de ceder, cuando el capital se declara en huelga (como es inevitable que haga) hacen que la revolución avance. Tal y como ponen de manifiesto los recientes intentos del capital por desafiar el control de los precios de los alimentos (provocando la escasez de alimen-



tos y vendiendo por encima de los precios máximos fijados), la dialéctica de los dirigentes y el movimiento desde abajo asegura la profundización en el proceso (si veis que los supermercados especulan, dijo el Gobierno, los consejos comunales deberían tomar el control y pasar a gestionarlos).

Más allá de la lucha por la justicia

¿Qué sucede con los demás Gobiernos de izquierdas latinoamericanos de nuevo cuño? ¿Están atacando el capitalismo como tal? En algunos casos, parece que no hay lucha alguna en absoluto. La izquierda verdaderamente buena es la que se *compорта*. Sin embargo, allí donde existen indicios de conflicto, ¿cómo es posible distinguir entre la lucha por un nuevo sistema económico y la lucha por *un trato justo*?

Quienes defienden las actuaciones de otros Gobiernos latinoamericanos suelen insistir en que existe una correlación de fuerzas que imposibilita que estos lleven a cabo (de momento) los avances despóticos contra el capital que, de no ser así, realizarían. No es un argumento que se pueda descartar a priori. Es posible que existan realmente unas condiciones que exijan que un determinado Gobierno avance con lentitud. Sin embargo, la cuestión central no ha sido nunca el ritmo al que se avance, sino la *dirección* que se sigue. ¿Las acciones emprendidas son de la clase que ayuda a desvelar la naturaleza del capital, a atacarlo ideológicamente y a movilizar a las clases trabajadoras, a aumentar sus capacidades y su poder? ¿O disciplinan y desmovilizan a los movimientos sociales, mitifican al capital con la falta de transparencia y utilizan el Estado para imponer la voluntad del capital (en lugar de para hacer avances contra él, por muy «económicamente insuficientes e insostenibles» que puedan parecer)?

En pocas palabras, la cuestión *no es* si esos Gobiernos inician sus acciones con la lucha por la justicia. Recordemos que la revolución bolivariana empezó como una izquierda buena (aunque con un cierto mal carácter). Y, aunque sus reformas iniciales no iban más allá del capitalismo, pusieron en marcha a pesar de todo cambios muy sustanciales. Es un fenómeno familiar en la teoría del caos: cambios leves en las condiciones iniciales pueden provocar resultados drásticos.

¿Qué es lo que produjo dichos resultados? En parte fue la persistencia de una lúgubre pobreza, de la desigualdad, de un elevado desempleo y de la exclusión que caracteriza a muchos países latinoamericanos y, de hecho, a países de todo el mundo. En parte fue la arrogancia de las clases privilegiadas y de la oligarquía parasitaria, algo que tampoco es específico de



Venezuela. Lo que puso de manifiesto la *fragilidad* de dichas condiciones iniciales y determinó la trayectoria seguida por la revolución bolivariana fue la naturaleza de la lucha por cambiar las cosas: una lucha que, a pesar de ser burgués-democrática en su contenido social, era revolucionaria. Era revolucionaria porque combinaba a unas masas dispuestas a luchar con unos dirigentes que las instaban a avanzar.

En relativamente poco tiempo, la revolución bolivariana ha avanzado mucho. Aún ha de afrontar muchos problemas, y si triunfa será tan solo como consecuencia de una lucha que no es solo la lucha contra el imperialismo estadounidense, líder de la barbarie en el mundo y amenazado por cualquier sugerencia de que existe una alternativa a su mandato, y tampoco es solo la lucha contra la oligarquía doméstica, con sus enclaves capitalistas en los medios de comunicación, en los bancos, en los sectores de procesamiento y en los latifundios. La lucha verdaderamente difícil, como ya he dicho, es la lucha dentro de la propia revolución bolivariana, presente en las divergencias entre quienes aspiran a convertirse en la nueva oligarquía bolivariana y las masas de excluidos y explotados.

Esas son las luchas a las que se enfrenta toda Latinoamérica. Tal y como concluía en *Construyámoslo ahora*: «sin embargo, sea cual sea el lugar al que lleguen esas luchas, harán que las cosas sean más fáciles para quienes han iniciado antes el camino y para quienes todavía están por venir». La lección de Venezuela debe entenderse y transmitirse en todos los lugares: la centralidad otorgada al desarrollo humano y a las prácticas revolucionarias, las misiones educativa y sanitaria y la creación de consejos comunales como base de un Estado democrático revolucionario no pueden sino inspirar a las masas de todo el mundo y crear las condiciones para la aparición de líderes revolucionarios. La verdadera lección de la revolución bolivariana, no obstante, es lo que puede suceder cuando existe una dialéctica entre las masas que entienden que hay una alternativa y unos líderes revolucionarios dispuestos a actuar en lugar de ceder.

Habrá quien lo llame populismo. Yo lo llamo una izquierda *verdaderamente* mala.

Notas

1. Los otros tres motores identificados hasta el momento son la ley habilitante, que le permitirá a Chávez esquivar al poder legislativo en áreas específicas durante un tiempo determinado; el cambio constitucional; y un cambio de la geometría (o sea, de las subdivisiones políticas) del país.